

NIEBLAS DE LA HISTORIA PATRIA

José Gómez de Arteche



Nieblas de la Historia Patria, dada a la imprenta en 1876, reúne un conjunto de diez narraciones de episodios histórico-militares correspondientes al siglo XVIII y a la Guerra de la Independencia.

Esta edición Ilustrada es de 1888, y es una segunda edición, corregida y aumentada, según su autor.

NIEBLAS
DE LA
HISTORIA PATRIA

POR
D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

SEGUNDA EDICION

corregida, aumentada

Y CON ILUSTRACIONES

DE

D. JOAQUÍN DIÉGUEZ DÍAZ



BARCELONA

CALLE DE VALENCIA, N.º 323, ENTRE SUELLO, Y DE QUINTANA, N.º 3, LIBRERÍA

1888

NOTA DEL EDITOR DIGITAL

Este libro fue escrito y publicado en 1888.

Se ha optado por mantener la ortografía y sintaxis gramatical del original.

Y por lo tanto no sigue las directrices de la RAE de 2010.

EL TAMBORCILLO DE SAN PEDOR

I

Es sabido, y la fama lo repite hasta la saciedad, que de bien pequeñas causas han tenido en ocasiones origen resultados tanto más grandiosos cuanto menos sospechados.

Está la historia salpicada de sucesos nacidos de un accidente que ninguna influencia prometía, y que, sin embargo, han pesado decisivamente en la suerte de los pueblos.

En la guerra sobre todo, y contrayéndonos á sus trances, pues que de uno de ellos, digno por cierto de la mayor admiración, vamos á tratar ahora, un acto imprevisto, que en otra coyuntura no tendría importancia, la adquiere á veces incontrastable para el éxito de una empresa.

No hablemos de una falta, la más insignificante, en el servicio, de un error levísimo al parecer, ni, por el contrario, de un rasgo á todas luces temerario, de una muestra de celo que muchos, antes de tocar sus efectos, tacharían de

exagerado, de perjudicial ó intempestivo, porque de esos casos podríamos presentarlos innumerables que han llegado á resolver el complicado problema de una batalla, última palabra de las contiendas militares.

La guerra de la Independencia, en cuyos principios, con especialidad, parece que el cielo, como si se deleitara en revelar la fuerza de la justicia y del patriotismo, aun inermes, en los pueblos, se propuso favorecer visiblemente al nuestro, dió lugar á sucesos cuyo resultado, admirando á todos, confundió la soberbia de quienes hacía muchos años que paseaban sus águilas por Europa sin contrarresto alguno.

El toque de diana hecho sonar una hora antes de la señalada, dió probablemente la victoria á las armas españolas en los campos de Bailén; la resolución inesperada de una mujer libró á Zaragoza de un asalto que hubiera podido ser decisivo; no influyó menos en la defensa de Valencia la acción de un fraile poco antes dedicado exclusivamente á la oración y al ayuno; y el arrojó de un oficial, obligando á los marinos dinamarqueses á que le condujesen á la escuadra británica, producía la vuelta á España de la división del Norte.

De modo que en los acontecimientos más importantes de la primera campaña de 1808, en lo que pudiéramos llamar el proemio de la lucha más gloriosa que registran los anales de un pueblo, blanco de la agresión más injustificada, aparece el influjo indubitable de causas que, en ocasiones distintas ó en circunstancias diferentes, pasarían por baladies, si no por dignas del mayor desprecio.

Entre esos acontecimientos, sin embargo, no hemos recordado uno que constituye el orgullo del pueblo catalán, el combate del Bruch, suceso que no debiera traerse á la memoria en estos tiempos en que todo se fía á la ciencia y al arte de la guerra, y que ofrece, sin embargo, el secreto de su éxito en el ruido sonoro y acompasado de un tambor^[1].

En el plan de campaña ideado por Napoleón, entraba el pensamiento de que dos brigadas, procedentes de Cataluña, se dirigieran á las márgenes del Turia y del Ebro para ayudar á Moncey y Lefebvre Desnoëttes en la conquista, á ellos encomendada, de Valencia y Zaragoza. El general de división Chabran tomaba, en consecuencia, el día 4 de junio, el camino de Tarragona, mientras el de brigada, Schwartz, emprendía el de Lérida con 3,800 hombres de todas armas y dos piezas de artillería de campaña. La destrucción de los molinos de pólvora en Manresa, ocupar la plaza de Lérida, embeber en sus filas la gente de suizos que la guarnecía, y desde Bujaraloz, donde abriría los pliegos que encerraban las últimas instrucciones de Duhesme, buscar su unión inmediata con Lefebvre, eran misión que Schwartz consideraba como de cumplimiento facilísimo en aquellas circunstancias.

Invadida la ciudadela de Barcelona a favor de una estratagemata que, como la usada para el dominio del castillo de Pamplona, parecía dirigirse al desquite de la que en 1597 puso en manos de los españoles la fortaleza de Amiens; ocupada, también traidoramente, la de San Fernando por la guarnición francesa de Figueras, y expedito hasta entonces el camino por donde podían llegar a todas horas refuerzos de hombres y de material al ejército invasor, era, con efecto, temerario el pensamiento de resistir un poderío tan grande como el del emperador Napoleón, apoyado, además, en su inmenso prestigio, no roto aún, y en sus artes cada día más temidas. Muestras, tan sólo, del desabrimiento que en las demás poblaciones causaba la conducta irregular de los franceses, la desertión de oficiales y soldados que, llenos de enojo y proclamando su lealtad al monarca aprisionado en Valençay, abandonaban las guarniciones españolas, y los rumores á cada momento más serios y concentrados de que en la Montaña se reunían y organizaban los Miqueletes^[2], de fama tan terrorífica en las frecuentes luchas que habían desde tiempo inmemorial ensangren-

tado la frontera del Pirineo, hacían, con todo, que las tropas de Schwartz marchasen con las precauciones de la guerra.

Así pasaron por Martorell y Esparraguera, sin advertir, empero, que el sonido de las campanas, cuyo eco repercucia de monte en monte hasta los más elevados de la cordillera, no era de fiesta y regocijo por el que pudiera causar su presencia en aquellos lugares, sino de alarma y de venganza por los desafueros cometidos allí donde ponían su planta cruel y devastadora.

Una tempestad le detenía en Collbató algunas horas de las primeras del día 6; pero, corrida aquella, ganaba á medio día la aldea del Bruch á media ladera del estribo que, desprendiéndose de Montserrat, separa del valle del Llobregat el del Noya, su afluente más tarde en las inmediaciones de Martorell.

El terreno, en su mayor parte de rocas como el de las faldas y la cumbre de la santa montaña que se eleva al frente, se encuentra salpicado de arbustos, y en lo alto de la divisoria á que acabamos de referirnos, allí donde se verifica el tribio, esto es, el entronque del camino de Barcelona con los de Lérida y Manresa, existe un pinar, no muy extenso, pero sí bastante espeso para servir de observatorio oculto á las miradas y pesquisas de los transeuntes.

En ese bosquecillo, con la tranquilidad que siempre infunde lo fácil de burlar el número y la disciplina de los enemigos en espesuras como aquella y en escabrosidades como las de los montes que tenían á retaguardia, esperaban á Schwartz unos cuantos patriotas de Manresa, muy pocos, pues que no pasarían de 60 los armados de fusiles, seguros, sin embargo, de que el carácter belicoso de sus paisanos y el espíritu de fraternidad que los distingue, habían de llevar á varios otros á combatir en el mismo sitio, á la vista de la sacratísima imagen, objeto del amor y de la veneración de todos.

Al fuego de la primera descarga, mordieron la tierra varios coraceros de los que marchaban de vanguardia, más admirados, al reponerse de la sorpresa, que de sus pérdidas, de los estragos que en sus acerados petos hacían los proyectiles enemigos, de varillas de cortina en su mayor parte. Y como no cesaba la fusilería é iban en aumento las bajas, sin que se descubriera ni menos pudiera distinguirse el número y la calidad de los emboscados en el pinar, la avanzada francesa retrocedió á acogerse al cuerpo de la división, despedida por la gritería de los catalanes.



No había Schwartz de arredrarse por un contratiempo así, aun cuando le sorprendiera; y, reconociendo el terreno, hizo avanzar una gruesa columna de ataque, precedida y flanqueada por nubes de tiradores que fueron, aunque con trabajo, empujando á los nuestros hasta obligarlos á retirar-

se por la carretera y los senderos que conducen á Manresa y la Montaña.

Los Imperiales, satisfechos con aquella, aunque sangrienta, á su parecer fácil victoria, se detuvieron en el Bruch-de-arriba para descansar algunos momentos y comer el rancho, confiando en la vigilancia de una gran guardia establecida en Casa-Massana, caserío notable que atalaya las avenidas principales



de Igualada, Manresa, Barcelona y el ya próximo monasterio de Montserrat.

Los Manresanos, los *Brigantes*, según el general Schwartz y sus compatriotas, cesaron pronto en su fuga; y, reuniéndose de nuevo en una de las revueltas que hace el camino en su descenso de Casa-Massana, comenzaban á concertar sus ulteriores operaciones, cuando vieron dirigirse hacia ellos el somatén de San Pedor, compuesto de unos 100 hombres y seguido á corta distancia de otros 60 vecinos de Sallent, todos armados y hábiles tiradores.

Ya tenemos, pues, reunido todo el ejército que va de nuevo á disputar al general Schwartz el camino de Manresa.

¿Quién lo manda?

En aquel grupo informe de labriegos y artesanos no se descubre un hombre que represente autoridad alguna por su clase ni por su estado: si hay quien difiera en sus arreos y apostura marcial de los demás, es un mozalvete imberbe

que lleva á su costado un tambor, mudo hasta entonces, y que durante la marcha del somatén desde San Pedor, ha ido esforzándose para demostrar que va impelido por los mismos sentimientos de patriotismo y de ira que agitan á los valientes á quienes se ha unido.

«¿De dónde vienes? le había preguntado el que parecía mandar el somatén, al presentarse el tamborcillo.

«De Manresa, había él respondido inmediatamente y con el mayor desembarazo: al ver salir á los que en este momento deben estar batiéndose en el Bruch, he tratado de hacerme con un tambor para con él guiarles en el combate; pero he perdido mucho tiempo y desespero de alcanzarlos.»

«¿Eres de Manresa? Si no, ¿cómo estabas allí? ¿Cuál es tu oficio para que sepas manejar ese armatoste? Responde pronto.»

«Soy del Ampurdán y servía en Guardias Españolas; pero al fugarme de Barcelona, ni podía ir á mi pueblo por el camino de Francia, ni en él se puede hacer nada contra los gabachos.»

«¿Y ese traje? ¿Y tu regimiento? ¿Cómo no te has ido con él?»

«Este traje es el que me han dado en Barcelona los que provocan la desertión, que, además, proporcionan dinero y recomendaciones; y si no estoy con los guardias es porque yo me escape antes, y ellos han tomado desde Molins el camino de Ordal.»

«¿Y esas recomendaciones?»

«Á Mosen Ramón y al contador de los molinos de la pólvora. Hélas aquí.»

«Eres listo, había dicho por fin el cabecilla: si manejas el tambor como la lengua, podrás hacernos buen oficio. Anem, pues.»

Y continuó el somatén su marcha, no del todo satisfechos los de San Pedor de la lealtad del muchacho; pero comprendiendo que la vieja caja que llevaba á su lado, po-

dría darles un carácter algo más militar que los arreos campesinos que vestían ellos y las heterogéneas armas con que iban á combatir á los franceses.

Aquel joven, sin embargo, cuya procedencia se ignora y quedará para siempre envuelta en las sombras de una modestia, por su parte, y de una ingratitud, por la de sus compatriotas, sólo concebibles en España, va á ser el guión, el adalid, el general en jefe de la turba que intenta hacer probar á los *Invencibles* los desengaños, las amarguras y los reveses que les esperan en aquella tierra clásica de la independencia nacional.

Informados los de San Pedor y Sallent de cuanto acababa de suceder en el Bruch, deciden renovar el combate tan bien reñido por los de Manresa, comenzando por acometer á los franceses destacados en Casa-Massana. Y tal es el motivo con que lo hacen, que a los pocos minutos ruedan por la cuesta los de la avanzada imperial azotados de la lluvia de proyectiles que les van arrojando los catalanes que, cual enjambre de abejas tras del goloso profanador de su colmena, los hostigan, los persiguen y estrechan basta dar con ellos en el cuerpo principal de la división. Tan recia fué, con efecto, la embestida, que al volver Schwartz de su sorpresa, no halló tiempo más que para ordenar la formación de sus tropas en un cuadro capaz de contener la *impedimenta* toda de su séquito.

Pero ¿qué hacer?



Los que tan de cerca le acosan ya, no serán los *bandidos* que una hora antes ha hecho aventar de las alturas del Bruch; el fuego es más intenso y exicial, aun con haberlo sido tanto en el primer rebato, y la gritería que escucha en su derredor y el desorden que no logra dominar en sus propias filas, le confunden hasta no poderse dar cuenta de su situación. Pero si grande es su perplejidad en los primeros momentos, la eleva á su colmo el ruido del tambor que, enérgico, acompasado y llevando á la montaña, con los mil ecos que provoca en ella, la orden de un ataque general y simultáneo, despierta en Schwartz la idea de que alguna tropa de línea, el regimiento de Extremadura regularmente, acude en apoyo de los defensores de Montserrat. Y con la misma fuerza con que ha invadido su ánimo pensamiento tanto más funesto cuanto más probable le parece, se apodera de él, en él se arraiga y le trastorna y obceca, impeleándole á la afrenta de sólo fiar su salud en la retirada á Barcelona.